

A. MILLARES CARLO
MANUEL PINTO C.

**Recado al Alter Ego
de
Colombres Marmol**

Caracas, 1975

Carta de Miraflores Carlo

Rev. P. A. I. Gómez Ferreira, S. J.

Muy señor mío: La lectura de su último (?) escrito, publicado con el título de *Nueva disputa sobre la entrevista de Guayaquil*, en *El Fortín* (Buenos Aires), núm. 1, correspondiente al 20 de marzo de 1970, me ha producido dolorosísima impresión, no por las malévolas alusiones que en él se hacen a mi modesta persona, alusiones a las que luego me referiré brevemente, sino por dos principales razones: es la primera, la afirmación, dos veces consignada en su artículo, de que la actitud del doctor don Ri-

cardo Levene al juzgar adversamente la autenticidad de los documentos contenidos en el libro del señor Colombres Mármol, padre, obedeció a que sus discrepancias con el doctor Rómulo Carbia "se impusieron por sobre su sentido de auténtica seriedad científica", y llevaron al inolvidable don Ricardo a hacer cambiar de rumbo a la mayoría de la comisión nombrada para dictaminar sobre la legitimidad de los referidos documentos. Me parecen de tal gravedad estas apreciaciones sobre un historiador de la probidad y honradez científica del doctor Levene, que ellas solas bastarían a hacer sospechoso de parcialidad el escrito que comentamos. La segunda es aseverar que los documentos en cuestión "llevados recientemente a España, por razón del idioma (?), durante seis meses fueron estudiados a fondo por los principales especialistas de prestigio internacional *en cada una de las disciplinas auxiliares de la Historia* (el subrayado es mío), trabajando (sic) con plena independencia el uno del otro. Todos: —añade el padre Gómez Ferreira— lle-

garon a una misma conclusión: *los documentos, sin excepción, han sido compuestos con anterioridad a 1850*". (Ahora el subrayado es del articulista). El lector, creo yo, se preguntará por qué el padre Ferreira no decoró su áspera réplica con los nombres de esos principales especialistas de prestigio internacional, autores de un informe de cuya trascendencia y alcance no voy ahora a ocuparme. Para su información debo decirle, que hallándome en Madrid, hacia la fecha por el articulista indicada, me visitó en la sala de lectura reservada a los señores miembros de número de la Real Academia de la Historia (de la cual soy decano) un distinguido profesor español para saber si estaba dispuesto a retractarme de mi único y asendereado informe sobre las firmas de Bolívar, y a redactar uno nuevo. La consulta venía envuelta en ciertas insinuaciones y promesas de las que prefiero no hablar; pero sí debo preguntarme si en la nómina de esos especialistas de fama internacional, a quienes se iba a someter el caso, estaría incluido el modesto profesor (pero eso

sí, tan respetable y generalmente respetado, como pudieran serlo los señores Colombres Már-mol, padre e hijo) a quien el académico argentino, señor Labougle, sin percatarse de que se trataba de un colega, llamó despectivamente “un tal Millares Carlo”.

“Estudios posteriores —escribe V.— han demostrado que Millares Carlo no está adornado con la prerrogativa de la infalibilidad. Hoy, a más de treinta años de distancia, ya no puede aceptarse como definitivo su pronunciamiento, que ha sido categórica y científicamente desvirtuado en casi todos sus aspectos sustanciales. Además, la circunstancia de no haber manejado los manuscritos, como lo han hecho recientemente distinguidos especialistas españoles en estas disciplinas, exige una honesta revisión de su informe, que sin mucha profundidad diera allá por los años de 1942”.

Prescindiendo deliberadamente de lo de mi infalibilidad, que, con perdón de quienes lean

estas líneas, no pasa de ser una tontería, pueden verse en el párrafo transcrito, nueva alusión al informe de los técnicos españoles, alusión en la que tampoco se descubre ninguno de los argumentos, datos o razonamientos base del informe emitido por los anónimos especialistas "en todas las disciplinas auxiliares de la Historia"; y otra referencia (entre los trabajos posteriores que han desvirtuado mi "pronunciamento" en *casi* (¡menos mal!) todos sus aspectos sustanciales) a la "sesuda" *Réplica al Prof. Agustín Millares Carlo*, del hoy académico de número Horacio Juan Cuccorese, publicada en 1970. Debo confesar que este escrito no ha llegado a mi poder; pero me atrevo a esperar que su autor, distinguido historiador de las ideas sociales y económicas, algunas de cuyas obras he comentado en la sección bibliográfica de la *Revista de Historia de América*, de la cual soy redactor, se habrá limitado a rebatir mis argumentos de carácter gráfico, y dejado a salvo el respeto que se debe a una persona honesta, que al redactar el tan traído y llevado informe de 1942 no procedió de modo que éste exija,

como escribe el padre Ferreira, una "honesta" revisión. Si ha querido usted ofenderme con esta necedad, me apresuro a darle, perdonándosela, un ejemplo de caridad cristiana.

Pero lo más curioso es que después de tanta alharaca, dimes y diretes, insultos y otros excesos, se sale usted diciendo que lo "más conforme con la *honestidad científica* es declarar modestamente que aún no está dicha la última palabra". Y si esto es así, ¿cómo se alarga usted a afirmar que el libro del señor Colombres padre "ha quedado immaculado y sin refutación posible?".

Ni en mi informe de marras, ni en ninguna otra ocasión he escrito ni dicho nada que vaya contra la honorabilidad de nadie. Redacté aquel trabajo desinteresadamente y sólo guiado por el deseo de acertar. Han pasado bastantes años y son muchos los que ya pesan sobre mis hombros. Otras muy distintas son mis actuales ocupaciones y preocupaciones; pero le prometo a

usted, que voy a seguir el desarrollo de este asunto que me resulta sumamente curioso y aleccionador.

Agustín Millares Carlo.

México, D. F., julio de 1975.

Colombres Marmol tiene Cargadora
por
Manuel Pinto C.

COLOBRES MARMOL TIENE CARGADORA

Desde el número 1 de "El Fortín", revista que se edita en Buenos Aires, fechada el 20 de marzo de 1974, arremete contra mí, una vez más, el señor Eduardo L. Colombres Mármol, o Navarro, como y que es su verdadero nombre; así, al menos, lo asegura su paisano el escritor argentino José M. González Alfonzo, a quien nadie, que yo sepa, ha podido desmentir.

Dicho Colombres Mármol, o Navarro, que para el caso es lo mismo, me había atacado ya

en algún que otro periódico de su país, y más tarde, tal vez por no sentirse satisfecho, lo hizo repetidas veces en un volumen de 230 páginas que dio a la luz en 1972, presentado con su firma y bajo un rótulo muy bien calculado con el fin de convertirlo en una trampa de cazar incautos: "La entrevista de Guayaquil hacia su esclarecimiento", un verdadero haz de paja, atado en forma de libro, al cual me referí tan pronto llegó a mis manos, haciendo uso de un legítimo derecho.

Con lo que dije al respecto, según veo, se le revolvió la bilis nuevamente al presumido "autor", y este solo resultado me resarce de la molestia de haber leído el infeliz volumen. *La verdad pica*, dice una vieja sentencia popular, y me complace verlo confirmado.

Comprobada como ha sido la eficacia de mi procedimiento, nada más indicado y conveniente que repetirle la dosis al colérico, añadiéndole otra igual de otro específico perteneciente

a una serie, cuyo sabor tal vez tenga olvidado, pero que, gracias a mí, o más bien a su interés por darle mérito a unos papeles apócrifos *descubiertos* por su padre, tendrá que paladear una vez más y, por supuesto, recordar de paso otras pociones similares, que también saboreará más adelante, porque pienso administrárselas toditas, sin que le falte una sola, en sucesivas entregas.

Una circunstancia, empero, me detiene unos instantes, apenas los suficientes para hacer una aclaratoria indispensable y poner ciertas cosas en sus respectivos puntos: mi taimado atacante lo hace ahora a mansalva, valiéndose de la boca servicial de A. I. Gómez Ferreira, s. j., quien sale a hacer la defensa del "libro", pero, según parece, es traicionado en su oficiocidad por una poderosa inclinación innata, y lo que hace por fin es el equívoco papel de cargadora de Colombres Mármol.

Si de verdad no se trata de un seudónimo, lo que nada tendría de sorprendente, dadas las

habilidades del señor Colombres Mármol (caballero) y algo más por el estilo, según oigo pregonar; si en realidad ese es el nombre de alguien, y si ese alguien se supone ser un hombre, mejor dicho, un individuo del género masculino; si todo resulta cierto y si se inquiere el por qué de su conducta irregular, surge instantáneamente la sospecha, inevitable, vehemente: ¿dentro de tal sujeto no andará disimulada una *rara avis*, de esas a las que sus absurdos gustos arrastran hasta extremos increíbles?

La rabia que vomita en sus insultos no sería tan desaseada, a buen seguro, si no obrara compelido por la necesidad inexorable de mantener siempre en buena disposición... de ánimo al socio en relaciones reservadas.

Jamás, en toda mi vida, (y me disgusta tener que hacerlo hoy), he mencionado con ningún pretexto a ninguna persona que dijera llamarse como queda dicho, nada sabía en absoluto acerca de ella; y si no he tenido antes ni siquiera noticias de su vida, mal se podría pensar que

haya abrigado la menor intención de molestarle; su rabia, pues, contra mí, rabia desesperadamente sucia, de no tener por causa la indicada, la única explicación posible entonces, sería la de convenir en que esas letras pegadas al remate de la firma, como dos rabos de puerco, significan *sin juicio*, nada más.

Hago constar asimismo que ese nombre rematado en s. j. lo he leído al pie del prólogo del susodicho volumen, y que, como allí, con voz hueca de magíster de entremés, dicen lanzar sobre mí "el velo compasivo de una burlesca sonrisa", yo pude haberlo responsabilizado y devolverle el sarcasmo con otro de igual calibre, como tengo por costumbre; pero, aparte de que uno nunca sabe lo que va a *descubrir* Colombres Mármol, presumí que, si en verdad, la firma del entrépito era cierta, su dueño aspiraría a intervenir con carácter de tercero, y aún cuando me fuera adverso, no era bien que yo dificultara esa gestión.

Más tarde recibí una copia en xerox del largo

y sucio insulto que me ocupa, también calzado con la firma del s. j., *rara avis*, o lo que sea, si es que no es ambas cosas a la vez. Por cierto que dicho insulto no fue reproducido íntegramente en el número 1 de "El Fortín", y por esta razón no le despacho en esta oportunidad todo lo que le tengo preparado.

Zafio, ignorante, vendido, necio, pobre diablo, etc., son parte de la lluvia de dicterios con que me obsequia desde la revista; mas no sacó a relucir, no sé por qué, el material que recogió de las cloacas, de las cuales es un buzo consumado. Ya tendrá ocasión el público de ver como se regodea en la suciedad la fantasía anormal de esta *rara avis*, cuya lengua adquirió, posiblemente, esa flexibilidad que la distingue, en el largo ejercicio de lamer objetos rígidos y quizá no limpios.

Una de las manías de dicho espécimen es la de creer que sabe, o de hacerlo creer a los demás, por eso gusta de ahuecar la voz y de en-

sayar visajes de soberbia, igual que cualquier magister de entremés. ¿Pensará que asusta a alguien?, es muy posible, puesto que lleva su oficiocidad hasta decir con mucha seriedad que lo que escribió Colombres "le quita el sueño a Pinto C.". Además de *rara avis* es... pistola.

También es aficionado a la fábrica de enredos, y los hace con el deliberado propósito de confundir a sus lectores, que por serlo tienen derecho a ser servidos con honestidad. Voy a citar un ejemplo:

Yo he dicho, y seguiré diciendo "carta de Lafond", pseudo documento lafoniano, etc., cada vez que se me ofrezca referirme al falso documento difundido en la obra del aventurero Gabriel Lafond de Lurcy; pues bien de esa nimiedad se vale el *s. j.* para formar un lío de afirmaciones tan mendaces como mal intencionadas.

Yo llamo así a la *Carta de Lafond* porque con ese nombre la designan muchos y muy bri-

llantes escritores de diversos países de América, en el norte, en el centro y en el sur, inclusive en Argentina. Lo de *Carta Lafond*, como y que "la llaman los entendidos" (copio al s. j.), lo leí por primera vez en 1950, en la página 277 del segundo tomo de la obra "San Martín y sus enigmas", del historiador chileno José Miguel Yrarrázabal Larrain, editada por la Editorial Nascimento, de Santiago de Chile en 1949. ¿Si sería allí donde lo aprendió el sabihondo s. j.? Nunca he querido seguir esa modalidad, no porque tenga nada que objetarle, sino porque entiendo que ni le quita ni le añade absolutamente nada a la zarandeada *carta*; del mismo modo que cuando la llamo pseudo documento lafoniano no pretendo dar a entender que la elaboró Lafond. El hecho de que el Nuevo Continente no lleve el nombre de Cristóbal Colón no lo entiende nadie como que él hubiera sido descubierto por quien lo dio a conocer con sus trabajos de cartografía; y prefiero este ejemplo, entre muchísimos, porque me veo obligado a fererirme a un *providencial descubrimiento* llevado a cabo por un elegido, "cuyo

amor a San Martín le ha producido más daño que el que infligieran al héroe con su odio exasperado los realistas de su tiempo”.

El móvil de Colombres, lo repito, no es el de servir a la historia sino el de servirse de ella con el único propósito de hacer valer unos papeles declarados falsos, y por ello despreciados por la Academia de la Historia de Buenos Aires. Eso es todo. Si hay quien quiera compartir su contumacia, que no invoque el servicio de la historia. De todos modos, le advierto a quien pueda interesarle que a mí me da lo mismo que sea macho o sea hembra el que me ataque, y que me encontrará siempre dispuesto a sostener lo que he dicho y a devolver golpe por golpe y grosería por grosería, si así lo prefiere alguno.

Manuel Pinto C.

Caracas, 1975.